

TOMO XLIII

**ACADEMIA NACIONAL  
DE AGRONOMIA Y VETERINARIA**

Nº 4

BUENOS AIRES

REPUBLICA ARGENTINA

---

**Comunicación del  
Académico de Número  
Dr. NORBERTO P. RAS**

**ESENCIA Y CIRCUNSTANCIA DEL  
HOMBRE ARGENTINO**



SESION ORDINARIA  
del  
17 de Agosto de 1989

**ACADEMIA NACIONAL  
DE AGRONOMIA Y VETERINARIA**

Fundada el 16 de Octubre de 1909

Buenos Aires – Avda. Alvear 1711 - 2º P. – República Argentina

**MESA DIRECTIVA**

Presidente	Dr. NORBERTO P. RAS
Vicepresidente	Ing. Agr. DIEGO J. IBARBIA
Secretario General	Dr. ALFREDO MANZULLO
Secretario de Actas	Ing. Agr. RAFAEL GARCIA MATA
Tesorero	Dr. ENRIQUE GARCIA MATA
Protesorero	Ing. Agr. MILAN J. DIMITRI

**ACADEMICOS DE NUMERO**

Dr. HECTOR G. ARAMBURU	Ing. Agr. WALTER F. KUGLER
Ing. Agr. HECTOR O. ARRIAGA	Dr. ALFREDO MANZULLO
Dr. RAUL BUIDE	Ing. Agr. ICHIRO MIZUNO
Ing. Agr. JUAN J. BURGOS	Ing. Agr. EDGARDO R. MONTALDI
Dr. ANGEL L. CABRERA	Dr. EMILIO G. MORINI
Ing. Agr. MILAN J. DIMITRI	Dr. RODOLFO M. PEROTTI
Ing. Agr. EWALD A. FAVRET	
Ing. Agr. MANUEL V. FERNANDEZ VALIELA	Dr. JOSE M. R. QUEVEDO
Dr. GUILLERMO G. GALLO	Ing. Agr. ARTURO E. RAGONESE
Dr. ENRIQUE GARCIA MATA	Dr. NORBERTO P. RAS
Ing. Agr. RAFAEL GARCIA MATA	Ing. Agr. MANFREDO A. L. REICHART
Ing. Agr. JUAN H. HUNZIKER	Ing. Agr. LUIS DE SANTIS
Ing. Agr. DIEGO J. IBARBIA	Ing. Agr. ALBERTO SORIANO
	Dr. EZEQUIEL C. TAGLE

**PRESIDENTE HONORARIO**

Dr. ANTONIO PIRES

**ACADEMICO HONORARIO**

Ing. Agr. Dr. NORMAN E. BORLAUG

**ACADEMICOS CORRESPONDIENTES**

Ing. Agr. RUY BARBOSA (Chile)	Dr. HORACIO F. MAYER (Argentina)
Dr. JOAO BARISSON VILLARES (Brasil)	Ing. Agr. MILTON T. DE MELLO (Brasil)
Ing. Agr. EDMUNDO A. CERRIZUELA (Argentina)	Ing. Agr. ANTONIO M. NASCA (Argentina)
Ing. Agr. GUILLERMO COVAS (Argentina)	Ing. Agr. LEON NIJENSOHN (Argentina)
Ing. Agr. JOSE CRNKO (Argentina)	Ing. Agr. SERGIO NOME HUESPE (Argentina)
Dr. CARLOS L. DE CUENCA (España)	Ing. Agr. JUAN PAPADAKIS (Grecia)
Dr. LUIS DARLAN (Argentina)	Ing. Agr. RAFAEL PONTIS VIDELA (Argentina)
Dr. SIR WILLIAM M. HENDERSON (G. Bretaña)	Dr. CHARLES C. POPPENSIK (USA)
Ing. Agr. ARMANDO T. HUNZIKER (Argentina)	Lic. RAMON ROSELL (Argentina)
Dr. LUIS G. R. IWAN (Argentina)	Ing. Agr. ALBERTO SANTIAGO (Brasil)
Dr. ELLIOT WATANABE KITAJIMA (Brasil)	Ing. Agr. FRANCO SCARAMUZZI (Italia)
Ing. Agr. ANTONIO KRAPOVICKAS (Argentina)	Ing. Agr. JORGE TACCHINI (Argentina)
Ing. Agr. NESTOR R. LEDESMA (Argentina)	Ing. Agr. RICARDO M. TIZZIO (Argentina)
Dr. OSCAR LOMBARDERO (Argentina)	Ing. Agr. VICTORIO S. TRIPPI (Argentina)
Ing. Agr. JORGE A. LUQUE (Argentina)	

**DIRECTOR DE PUBLICACIONES**

Dr. HECTOR G. ARAMBURU

### **Artículo N° 17 del Estatuto de la Academia**

**“La Academia no se solidariza con las ideas vertidas por sus miembros en los actos que ésta realice salvo pronunciamiento expreso al respecto que cuente con el voto unánime de los Académicos presentes en la sesión respectiva”.**

# ESENCIA Y CIRCUNSTANCIA DEL HOMBRE ARGENTINO (\*)

Por **NORBERTO P. RAS**

*“Los pueblos sanos y fuertes, sensibles a las tradiciones que honran a su pasado, practican el culto de sus próceres. Todo pueblo desea, necesita mecerse en la certidumbre o en la ilusión de su gran origen, de los próceres, de los sabios o de los santos que forman la raíz de su pasado. Si estos entes originarios no se los encuentra o no existieron, la necesidad ineludible obliga a inventarlos...”*

NICOLAS REPETTO

Nuestro pueblo, como sujeto y actor de una historia ya rica, ofrece paradojas y sorpresas sin fin. Hemos fluctuado, en nuestros escasos pero plenos cinco siglos de existencia, entre los extremos más opuestos y en todos estos avatares ha sido la mezcla extraña de la esencia y la circunstancia del argentino un ingrediente fundamental.

Expliquémoslo mejor. Quién descubre a la Argentina en nuestro siglo suele emitir dos juicios por lo menos, más o menos superficiales ambos. El primero, es que el país cuenta con un acúmulo de recursos naturales de inmensa variedad y cantidad en relación con una población relativamente exigua. Cualquier compatriota que viaje por el mundo se ha sentido envidiado

por este estereotipo nacional y ello ha contribuido también a que se nos tenga en menos por no saber aprovechar esa supuestamente inmensa riqueza natural a nuestro alcance. Se nos toma como a niños malcriados que dilapidamos la fortuna heredada.

El segundo juicio es que la comunidad argentina es totalmente homogénea en su idioma, religión y cultura, lo que nos colocaría en ventaja frente a otros países en los que la convivencia de grupos dispares plantea problemas. Esto permitiría presumir una identidad de propósitos y accionar en la población. Lo que Ortega definiría como **un proyecto compartido de vida en común.**

Ambas opiniones son sólo parcialmente ciertas y, como todas las medias verdades, esconden graves problemas y cobijan grandes mentiras.

## LOS RECURSOS NATURALES

Es cierto que nuestro país dispone de amplias llanuras de suelo y clima muy apropiados para producir alimentos y fibra de clima templado, cuenta

---

(\*) Estas ideas fueron expuestas en 1988, como conferencia de incorporación del autor a la Academia Argentina de Ciencias del Ambiente. Con agregados y modificaciones, aunque conservando el título original, fueron comunicadas a la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, en la Sesión Ordinaria del 17 de agosto de 1989.

además con una plataforma submarina extensa que es rica en pesca, tiene una razonable dotación de gas y petróleo y, casi nada más. Nuestros recursos son pues amplios, pero asimétricos. (\*)

La existencia, primero, del desierto, inmenso, desolado, incapaz de sustentar asentamientos humanos importantes, desasociando, descomunitarizando al hombre, fue un molde que configuró el alma nacional. La obsesión de los primeros argentinos que reflexionaron sobre nuestra personalidad fue **poblar el desierto**. Ese fue el grito fundamental de Juan Bautista Alberdi, pero también de hombres tan distintos como Rivadavia, Rosas, Sarmiento, Alsina, Avellaneda.

Los conquistadores aprendieron pronto que en el Río de la Plata los Eldorados y las ciudades de los Césares eran pura quimera. Cien veces salieron ebrios de codicia los Ayolas, los Iralas, los Chaves, en expediciones ciclopeas, y otras tantas volvieron deshechos de penurias sin el oro, la plata y las gemas que otros aventureros encontraban a raudales en el Perú, México, Chile, Nueva Granada o el Brasil. Volvieron para seguir vegetando en ranchos de paja y barro, porque no había otro material de construcción. La notoria "civilización del cuero" en el decir de Sarmiento, fue tal por la total ausencia de maderas, metales o piedras de obra comunes en otros puntos de América. Tampoco había en el Río de la Plata ni especias codiciadas en el Viejo Mundo, ni se podía cultivar el cacao, el café, el tabaco, la caña de azúcar y su derivado el ron, que fundaron emporios agrícolas en las comarcas tropicales. La falta de materias primas hacía imposible la instalación de astille-

(\*) La mayoría de los yacimientos minerales descubiertos en la Cordillera están en localizaciones remotas, como el cobre del Pachón, o son de mala calidad, como el hierro de Sierras Grandes, o ambas cosas, como el carbón del Turbio, lo que requiere un alto nivel de precios para justificar su explotación.

(\*) Ras, N. — Las políticas económicas en la historia argentina. Anales T. XLI N° 11.

(\*\*) Los monopolios imperiales respondían a la ideología mercantilista de la época. En el Imperio Británico, por ejemplo, rigió desde 1651 hasta 1849 la Navigation Act. de prescripciones muy similares a las leyes españolas.

(\*\*\*) Berro, Mariano B. — La agricultura colonial. Montevideo, 1914.

ros y el surgimiento de una conciencia marítima como se desarrolló en Nueva Inglaterra y en el Caribe. Todo en el Río de la Plata debía traerse del exterior salvo la carne y los cueros y unas harinas escasas de maíz, trigo o mandioca. Los cueros vacunos eran el único bien exportable para pagar todo lo demás: la ropa, los clavos, los estribos, las armas, las campanas, el vidrio y la loza, todo debía importarse porque no había posibilidades de producirlo en el país.

Esta realidad del Río de la Plata dividía de inmediato en dos grupos rivales entre sí a todo español llegado, enfermo de codicia, con la insaciable **fiebre del oro**. Los que conseguían vincularse al sector ampliamente dotado de recursos, lo que he llamado alguna vez el sector **Bueno, Bonito y Barato** de la economía nacional, (\*) y los que se ubicaban en todo el resto. Los intereses opuestos de ambos grupos serían un permanente factor disociador.

El monopolio español con su oposición a que el puerto de Buenos Aires se convirtiera en un centro comercial (\*\*) (estaba casi totalmente cerrado a la exportación de cueros, cecinas, harinas, pasas y tasajo del país y a los embarques de los metales del Alto Perú y Chile) y con su prohibición de algunos cultivos agrícolas (llegaron a erradicarse viñedos y olivares) (\*\*\*) favorecía notoriamente al segundo grupo. Mientras los ganaderos, los labradores y los comerciantes de sus productos languidecían en la pobreza, medraban los comerciantes denominados "sarracenos", vinculados al comercio monopolístico por Callao y Portobelo, los artesanos de burdas manufacturas protegidos de la competencia extranjera y también los contrabandistas, dispuestos a violar la ley de la Casa de Contratación de Sevilla para acceder a los escaparates del mundo no hispánico y a pagar las coimas que tarde o temprano envolvían a toda la sociedad colonial. Mala escuela de ética ciudadana.

## EL RELAJAMIENTO COLONIAL DEL EUROPEO

Para todos los pueblos imperiales se ha descrito la descompresión ética

colonial. La desmesura que invade al hombre que se siente solo, en el otro extremo del mundo, frente a frente con una naturaleza hostil, acechado día y noche por enemigos temibles y atenaceado por las tentaciones más tremendas. El aflojamiento de todos los vínculos sociales, legales y religiosos fue particularmente grave en la conquista hispanolusitana, protagonizada abrumadoramente por hombres solos y en la que la fuerte presencia religiosa se dirigía más a catequizar a los aborígenes que a contener moralmente a los propios cristianos. En ella, el impulso de la Fiebre del Oro no se veía moderada por el deseo de crear una utopía y colonizar la tierra con renovado amor, rasgo que dignificó, por lo menos a algunos, de los asentamientos puritanos de la América Sajona y dio base ética sólida para el mito de los Founding Fathers y el American Way of Life.

La sociedad española de América, lánguida y tumultuosa a la vez, se caracterizó desde sus albores, por un doble código moral, en el cual la ley y las formalidades del poder metropolitano eran hipócritamente acatadas, mientras que la vida diaria seguía rigiéndose por reglas de violencia y egoísmo. Muchos autores se han referido a la psicología del español de la época de los Habsburgo, con su ética feudal, de contenida violencia, orgullosa y profundamente religiosa, que constituyó, sin lugar a dudas, el motor para una empresa tan gigantesca como la incorporación al mundo conocido de un nuevo continente. Nunca debe olvidarse que el noventa por ciento de la cultura iberoamericana resultante derivó de la vertiente española, incluyendo la mayor parte del idioma, los usos y costumbres cotidianos y los conceptos morales y religiosos, pero debe admitirse que la idiosincrasia española, aunada a la descompresión colonial, darían un tipo humano discoló y desaforado. Aún antes de ocupadas las tierras de América, los Conquistadores se desgarraron entre sí en conflictos fratricidas, sin respetar lealtad, ni piedad alguna. Baste recordar el asesinato de Osorio ordenado por Mendoza en la Bahía de Guanabara o la orgía de traición y muerte que envol-

vió a Pizarro, Almagro y sus compañeros en el Perú. La misma codicia que los convertía a todos en enemigos de todos.

Estas realidades darían origen con el tiempo a la "leyenda negra" de la Conquista que subrayó todos los actos y actitudes negativos de sus protagonistas.

Por oposición, otros autores se dedicaron a subrayar solamente los aspectos favorables, en la versión "rosa": las concepciones excepcionalmente benignas de los consejeros reales que quedaron registradas en las Leyes de Indias; la actitud apostolar de muchos sacerdotes que denunciaron los abusos, como el famosísimo Bartolomé de las Casas y el clérigo Martín González en el Paraguay, estudiado por Enrique de Gandia; y los funcionarios que pugnaron por ponerles coto como Alfaro y muchos otros; la incorporación del sentido de caridad y perdón de los agravios, desconocido por los nativos; y otros. Exponentes de ambas vertientes, la rosa y la negra, coexistieron en el gigantesco escenario de la Conquista como empresa de civilización. Deben celebrarse los intentos de ponerlas a ambas en una dimensión ecuánime, como lo intenta Mario Vargas Llosa en su sensato prólogo a la Edad del Oro, editado por Oviedo.

## REGRESION DEL INDIO

Si el blanco descendió un escalón cultural al intimar con el indio, también éste sufrió un desgarramiento negativo en el contacto con el blanco. Numerosos estudios sobre la frontera de ambas culturas coinciden en que se vive en ella con valores y conductas moralmente inferiores al de, tanto el blanco, como el indio puro. Así lo ha descrito claramente en Chile, Arturo Leiva, en su **El primer avance a la Araucanía** y, para la Argentina, las crónicas de los jesuitas sobre los problemas de las misiones o diversos viajeros, desde Félix de Azara hasta los coroneles Pedro Andrés García y Lucio V. Mansilla, en sus descripciones de viajes a territorio indio. Germán Arciniegas ha expresado lúcidamente el punto de vista indígena en su **His-**

**toria vulgar del Siglo XVI como explicación de América:** . . . "El indígena que vive en América antes de la llegada de Colón constituye un tipo humano del todo diferente al que modelaron la conquista y la colonia, pues el hombre a quien se le interrumpen bruscamente sus costumbres tradicionales, a quien se da nuevo destino en su vida ordinaria, que pasa de ser dueño de su tierra y sus montes a ser siervo que se toma por ladrón, si saca leña de los que fueron sus árboles para encender su fogón, que debe ocultar sus dioses y rendir culto a los que se le han traído de países remotos, tiene que sufrir una transformación tan radical en su espíritu y en su carácter, que su símbolo de "la taza que se ha roto" y que daba a su vida forma es de una exactitud incontestable".

Los caracteres de contumaz, taimado, vicioso y vengativo, que se asignan frecuentemente al indio ¿hasta qué punto son propias de él o reacciones desesperadas de una cultura en retroceso frente a otra más agresiva y poderosa? El hecho concreto es que quedaron como semillas originarias del argentino, como de otros muchos latinoamericanos.

## LA SOCIEDAD DE CASTAS

En el entorno del desierto omnipotente, las insignificantes huestes de la Europa cristiana dominaron con mano de hierro sobre la población aborigen que en nuestro país era particularmente dispersa y atrasada, casi toda hostil a los blancos y visceralmente opuesta a los trabajos que pretendían imponerles los nuevos amos.

La "escoria de Sevilla" que componía la mayor parte de las expediciones hacia el Nuevo Mundo incorporaba en términos generales una mujer blanca cada diez hombres. El índice de mortalidad, muy superior para los varones, que afrontaban los peligros de las entradas tierra adentro y la guerra contra los naturales, reducía esa disparidad a poco andar a un español casado de cada siete, pero entonces entraba a jugar el Paraíso de Mahoma, descrito por muchos de los primeros cronistas de la Conquista y aceptado por

la mayoría de los analistas posteriores como elemento clave en la formación del hombre americano.

Aparentemente, las culturas indígenas aceptaban fácilmente que sus mujeres, eternas presas de guerra y rehenes de amistad, cohabitaran con los vencedores, quienes, tanto célibes como casados, manifestaban una fiebre lúbrica inextinguible ante la cándida y sumisa sensualidad de las nativas. Abundaban indicios de la voluntaria oferta amorosa de las carias amigables de Asunción y pronto se hizo habitual en los asentamientos hispanos la maloca blanca a las ranchadas y tolderías hostiles, en busca de esclavos. Era la feroz algara, remembranza de las lides de la Reconquista, como réplica al no menos feroz malón indígena. No había protesta que pudiera con los abusos. Frailes, obispos y hasta documentados Adelantados y Virreyes como Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Blasco Núñez de Bela perdieron la partida al querer imponer a los españoles de América una moralidad y leyes semejantes a las europeas. Cada encomienda tenía, desde docenas, hasta miles de indias jóvenes amancebadas con los encomenderos.

De cada cien nacidos de padre español en América, no había media docena de varones íntegramente blancos para heredar la rabiosa "limpieza de sangre" con que escudaban sus dudas los orgullosos castellanos, y la herencia incluía la encomienda, la casa, los esclavos. . . y las esclavas para la generación siguiente.

Cuando Garay pobló Santa Fe y Buenos Aires por segunda vez, el noventa por ciento de sus compañeros eran ya "mancebos de la tierra", en su mayoría hijos de madre india y criados en ese complejo de amor-odio hacia el padre blanco que tan lúcidamente han descrito Octavio Paz, en el **Laberinto de la soledad**, para la sociedad mexicana y Carlos Alberto Sánchez, en su **Análisis Espectral de la América latina**, para el Perú.

La Rebelión de los Siete Jefes, expeditiva y sangrientamente reprimida en la primitiva Santa Fe, sería una voz de alarma más entre los españoles para precaverse contra sus propios hijos. Descriptos los criollos por los cronistas

de la época como “hábilés en todas las destrezas”, grandes cazadores, jinetes y baqueanos, se los tiene también por “protérvos, aviesos, ociosos e imprevisibles”.

De este origen mestizo, al que pronto se unen los nutridos contingentes de negros importados de Guinea ante la eterna escasez de la mano de obra, surgirá la proverbial “sociedad de castas”. Una docena de denominaciones específicas reconocen a cada cruce y retrocruce: mestizo, mulato, cuarterón, zambo, pardo, moreno, etc., etcétera.

En toda América latina la mayoría de la población surge de esta mezcla racial en la que tienen fuerte influencia cultural las madres morenas y en la cual se incuban resentimientos profundos contra el orden, la ley, las riquezas y el prestigio simbolizados por el padre vergonzante e ingrato.

Y si estos tipos humanos característicos se han ido “blanqueando” a través de las generaciones, por el agregado de sucesivos aportes europeos, no permitamos que una hipocresía tardía oculte la presencia del involuntario pero no por eso menos tremendo genocidio pestilencial que siguió de cerca al encuentro entre razas antes totalmente extrañas. El fue responsable de la extinción de poblaciones enteras en toda América. La viruela, la tuberculosis, la difteria, el sarampión, la erisipela, la sífilis y el alcoholismo cobraron un tributo sistemáticamente más alto entre la población cuanto más morena fuera su piel, porque una menor resistencia inmunológica de estas cruces se complicaba con condiciones de alimentación, alojamiento y trabajo, más insalubres y precarias.

## EL GAUCHO

Siguiendo este trámite azaroso y despiadado, la realidad americana fue configurando numerosos tipos locales, rurales, jinetes y vaqueros, que se denominaron en el Río de la Plata **camiluchos**, **gauderios**, **changadores**, y finalmente **gauchos** desde fines del siglo XVIII, replicados por los **guasos** en Chile, los **charros** de México, los **llaneros** del Orinoco, los **guajiros** cubanos, entre otros.

El gaucho y su entorno el desierto

quedan pues como la esencia y la circunstancia del período fundacional argentino. El gaucho, que no el indio, puesto que éste nunca fue aceptado entre las raíces argentinas por su primitivismo irredimible.

Véase, como prueba elocuente de este abismo cultural infranqueable, el caso mapuche. Durante trescientos cincuenta años estos indígenas defendieron sus territorios en brava lucha contra la ocupación blanca. Sin embargo, hasta la década de 1880, cuando fueron definitivamente derrotados, nunca pudieron vencer su temor supersticioso a las armas de fuego y salvo contadísimas excepciones, fueron incapaces de adoptarlas.

Este atraso insuperable de nuestros indios no es comprendido en los países que tuvieron civilizaciones aborígenes mucho más adelantadas, como son México y Perú. En ellos, intelectuales del presente se dedican con ahínco a glorificar lo prehispánico en su raigambre nacional. Se remontan para reivindicar como legítimos antepasados, no solamente a los mexicas de Moctezuma, o a los ingas de Atahualpa, sino a las poblaciones o jefes anteriores, o sojuzgados por ellos. En estos países se critica duramente la actitud argentina, que no se identifica para nada con los caciques guaycurúes, mocovíes, querandíes, pampas o calchaquíes, cuyos usos y costumbres dan poco pie para fundar un orgullo dinástico.

Este desarraigo inicial de nuestra tradición nacional que elimina de un plumazo toda la línea materna del mestizo, origina la necesidad de entronizar como antepasado originario al mito gaucho, pasando por alto su condición predominantemente marginal y fascinosa, mencionada por la mayoría de sus descriptores imparciales.

## EL HOMBRE DE LA PAMPA

Es fascinante llegar a interpretar la integración de la población criolla con el medio agreste e inmenso de ese mundo nuevo. Sobrevivir en el desierto, aún en la frontera con la civilización, no era empresa fácil. El indio y el gaucho eran los únicos capaces de hacerlo. Para ello contaron con dos auxi-



liares fundamentales: el caballo y el vacuno, ambos introducidos con la Conquista y destinados a alterar drásticamente el medio de las pampas y a imprimir caracteres típicos a sus pobladores.

## EL CABALLO

El gaucho no se concibe sin el caballo, del mismo modo que ha sido reiteradamente señalado que las poblaciones aborígenes, principalmente las tribus pampas de doble origen mapuche y gunnunaquene o tehuelche septentrional, ingresaron en los primeros años del siglo XVII a una típica "cultura del caballo", en la cual éste era el principal proveedor de alimentos, techo, vestido, transporte y diversión, tanto en la paz como en la guerra.

Se hace difícil para gentes habituadas a la vida urbana y electrónica del siglo XX interpretar un mundo exclusivamente de jinetes, capaces de vivir a caballo. Nadie podría haber sobrevivido en las pampas sin la baquía extrema para capturar baguales en campo abierto y montarlos, en condiciones que hoy resultan increíbles. Cualquier gaucho era capaz de doblegar a cualquier caballo, como parte usual de su vida diaria. Valga como ejemplo el relato de Sarmiento sobre la Campaña del Ejército Grande: tras pasar a nado el Paraná, en la Bajada —no del Riachuelo, ni del Reconquista— el Paraná, la caballería entrerriana, correntina y oriental requería remonta. El gaucho y más el soldado criollo, nunca fueron cuidadosos con sus cabalgaduras. Había tantas, que se los consideraba a menudo una peste y hasta los mendigos pedían limosna desde el lomo de un caballo. Para hacer la remonta, narra Sarmiento, partidas de milicianos acercaron una masa de miles de caballos de todo tipo, arreados desde los campos santafecinos y, a una orden, todos los soldados se procuraron su próximo animal, a lazo y bola, lo montaron, y el escritor describe el espectáculo dantesco de centenares de domas simultáneas. Unas horas después los regimientos salían rumbo a Caseros montando sus caballos frescos. Alguien con un brazo o costilla rota, entre la jirana de los compañeros, sería el único

costo, además, seguramente, de ijares destrozados a espolazos y bocas heridas por los frenos de candado usados en ese tiempo, pero toda la caballada "corriente". Y así hasta que hicieran falta otros.

## ¿Y EL VACUNO?

Tal vez el vacuno establece la diferencia primordial entre el ambiente del gaucho y el de otros pueblos habitantes de los grandes espacios, también jinetes y nómades, pero cuyas posibilidades pastoriles eran distintas a las ofrecidas por las pampas. Tanto los moros tan familiares a la historia española, como los mongoles, tártaros y turkestanos, tristemente célebres en la historia del Viejo Mundo por haber constituido sucesivas Hordas de Oro desde Atila, hasta los grandes Kanes y Tamerlan, eran habitantes de estepas semidesiertas como las llanuras argentinas, pero sin sus suelos, ni su clima privilegiados. Por eso, sus rebaños eran pequeños y domésticos. Predominaban en ellos, ovejas y cabras, a veces camellos. No disponían de los enormes rodeos cimarrones que se multiplicaban espontáneamente en las pampas, en lo que se podían hacer miles de presas. La relación hombre-vacuno era tan amplia en la pampa, que a pesar del despilfarro chocante de las reses faenadas por el cuero o un trozo de carne y los robos masivos de changadores, gauderios e indios aucás para abastecer a Chile y el Brasil, los rebaños parecían inagotables. Las reiteradas alarmas de los cabildos que ponían el grito en el cielo por la matanza indiscriminada y depredadora, tardaron un siglo en verse confirmadas por los hechos.

El gaucho, sus costumbres y sus adueros, han sido comparados con los de estos pueblos del desierto. Uno de los aspectos diferenciales es que, con galopar unas cuantas leguas, el gaucho tenía a su disposición un mar de vacas salvajes.

Hernandarias llegó a prohibir y requisar las lanzas de media luna, para impedir que el gauchaje faenara clandestinamente las haciendas, descendientes alzadas de los rebaños de los

**estantes** o pobladores del grupo social elevado. Por supuesto, vano intento.

La presencia del vacuno para un hombre de los limitados requerimientos existenciales del gaucho, tendría un efecto moral particular. El recurso renovable inagotable destruye toda templanza, toda previsión, transfiere el sentido de propiedad de la tierra al semoviente, socava el asentamiento sedentario, favorece la familia ocasional. Tal vez más grave aún que estos elementos es el influjo de la dieta y el comercio casi exclusivamente cárnicos sobre el hombre. León Benarós ha recogido abundante material para su teoría de la crueldad, en la familiaridad con la efusión de sangre, con las vísceras palpitantes, en la hecatombe cotidiana del matadero, el saladero, la vaquería, la carneada doméstica. El desprecio por el sufrimiento ajeno y propio, típico del gaucho, va muy parejo con la despreocupación por el caballo al que se espolea hasta que cae postrado, por el buey que salta lisiado sobre sus garrones seccionados hasta desangrarse o... tan siniestro como lo anterior, la fruición con que se instituye el degüello como forma preferida para disponer del oponente en las guerras civiles. No está de más señalar que estos rasgos sanguinarios del gaucho son comunes a sus congéneres orientales y riograndenses. A mayor distancia geográfica dan el mismo tipo los guasos de **La Guerra a Muerte** de Vicuña Mackenna y los llaneros sin hiel de **Las Lanzas Coloradas** de Uslar Pietri o **Los caudillos bandoleros** de Gutiérrez en el Río Grande do Sul.

### ¿Y LA MUJER?

Falta a la imagen gauchesca la contracara femenina. Las docenas de semblanzas y descripciones existentes del gaucho se refieren casi exclusivamente al varón, el cual junto a su ignorancia y miseria, presenta caracteres redentores de libertad viril, de estoicis-

(\*) Según estudios modernos correspondería agregar a esta categoría, por lo menos para los partidos próximos a Buenos Aires, una masa de población casi íntegramente europea dedicada a los cultivos (Ghio, José M., Halperín - Donghi Tulio, Gelman A. y otros).

mo y hasta de rústica caballerosidad. La madre, la mujer, las hermanas del gaucho, o sea la mitad aritmética de la población de ese tipo tan llevado y traído, han quedado olvidadas por la ciencia, la literatura y el mito en los precarios ranchos maternos, en las cocinas de las estancias, en los arrabales de las tablas, donde detienen su andar entre galope y galope los hombres del desierto.

Sólo por excepción, algún relator o pintor retrató la casa del gaucho y a sus mujeres, casi siempre descalzas, bastante rotas y mugrientas, o aparecen como personajes secundarios del Martín Fierro, más bien para subrayar lo típicamente varonil de la tragedia. Y, por supuesto, no deben olvidarse en esta reseña, las magistrales descripciones que nos han dejado cronistas militares de alguna sufrida china o mulata fortinera.

En general, la familia gaucha, la condición de los hijos, el seminomadismo, el matrerismo, requieren más estudio y ello ayudaría a comprender mejor la marginalidad en los cinturones de pobreza que circundan todavía hoy a pueblos y ciudades del interior y a muchos rasgos entrañables del argentino de nuestros días.

### EL GAUCHO Y LA CIUDAD

La idiosincrasia del gaucho como componente mayoritario de la población argentina, por lo menos hasta avanzado el siglo XIX, constituye el elemento clave de nuestra esencia. Representa la América indígena en retirada, colonizada a medias, oscuramente nostálgica de un mundo primitivo que el mismo ya no reconoce.

Frente a él se yerguen las minorías urbanas, herederas directas del impulso español de la Conquista y receptoras naturales de las novedades culturales europeas.(\*).

Lejos estamos de formular una antinomia maniquea, en la que todo lo malo se atribuya a las mayorías populares protoamericanas, ese grupo que Sarmiento estigmatizó con el calificativo de la **Barbarie**, reservando todas las virtudes para las minorías de la **Civilización**, urbanas, "modernizantes", como dirían algunos hoy día.

Por el contrario. La codicia y el desarraigo afectaron a ambos grupos. Es notable, por ejemplo, como la radicalización intolerante de los grupos políticos que mantenía a la Península Ibérica en permanente conmoción en esos años, se extendía a los españoles de América. Estas tendencias y actitudes dogmáticas condujeron a graves errores de conducción en el procerato de aquellos tiempos. Es evidente la pugna acerba por el poder, la avaricia para compartir los recursos recaudados en la Aduana, la facciosidad continua que atribuye al contrario todos los defectos, la intransigencia que excluye compromisos y acuerdos. Baste recordar las rivalidades entre moronistas y saavedristas desde la instalación de la 1ª Junta de Mayo, la enemistad acérrima entre Alvear y San Martín, entre Pueyrredón y Dorrego, todos los miembros del sector "ilustrado" y con intereses aparentemente comunes, enfrentamientos tan criticables como los sangrientos que hubo entre Artigas, López, Carrera, Bustos y Ramírez, conductores del grupo popular.

Lo que sí debe rescatarse es que el sector urbano culto tenía un concepto claro de la inserción argentina en el mundo y una disposición curiosa y flexible para incorporar las ideas del siglo y experimentar las instituciones más adelantadas europeas y americanas. Los grupos dirigentes habían comprendido además, que existía una fortuna enterrada en las pampas ubérrimas, todavía no arrancadas de manos de los caciques o de los montoneros, y se jugaron al libre comercio como la herramienta más eficaz para lograr el país que anhelaban.

Véase que, como una paradoja más de la vida argentina, fueron los grupos sociales relativamente cultos y ricos, quienes normalmente deberían haber sido sostenedores del orden establecido o "conservadores", los que asumieron decididamente las ideas revolucionarias, el liberalismo, la república, abjurando del tradicionalismo absolutista representado por la dinastía borbónica de Fernando VII y enfrentándose al primitivismo gauchesco. La gran mayoría de los próceres de la Revolución de Mayo y la guerra de la indepen-

dencia salieron de este sector social conservador-liberal-revolucionario.

Por el contrario, las masas rurales, heredadas de la "sociedad de castas", y los caudillos que pronto las lideraron, compartían el deseo de Independencia de los odiados "godos" y de la metrópoli, pero repudiaban la Revolución y se aferraban al statu quo de valores, costumbres y formas de vida. Vale la pena señalar un caso que ha merecido recientemente amplio reestudio con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa. Nos referimos a la rebelión tradicionalista de los paisanos chounanes y vendeanos en 1790, animados por un espíritu bastante similar al confusamente expresado por el lema **Religión o Muerte** de los montoneros.

Esta dicotomía psico-cultural enraizada en el origen mismo de la sociedad rioplatense fue agravada por el vuelco formidable que imprimió a su economía la Revolución de Mayo con el libre cambio.

No profundizaré hoy este tema al que me he dedicado por extenso en otras oportunidades pero me limitaré a señalar que la apertura del puerto de Buenos Aires, corolario inmediato de la revolución, significó beneficios muy grandes para los ubicados en el sector **Bueno, Bonito y Barato** de la economía, primordialmente ganaderos, saladeristas y comerciantes del litoral, que hasta ese momento habían sido tiranizados por el Monopolio. Del mismo modo, el precio de los productos importados cayó a menos de la mitad, con beneficio para los consumidores. Por el contrario, el precio más alto de la carne, los cueros, la harina y otros exportables perjudicó a las clases humildes, a la vez que la competencia de los bienes importados ponía en crisis a las toscas artesanías locales, antes protegidas por el cierre portuario.

Estos factores económicos se sumaron al repudio espiritual del nuevo orden para incitar a la rebeldía que pronto estalló en la Anarquía, poniendo al descubierto el clivaje profundo, la división original de la población iberoamericana que se mantiene a través de los tiempos. Al desaparecer la legitimidad virreinal, cada uno tomó partido, o por los grupos cultos y liberales

que pretendían asumir el poder vacante, como partido directorial y luego unitario, o por los grupos populares que sólo aceptaban el control difuso de sus caudillos y rechazaban toda otra categoría institucional. Los gauchos, las indíadas y los africanos libres que formaban el núcleo mayoritario de las montoneras sentían un íntimo rechazo contra las formas de producción y de vida auspiciadas por el grupo revolucionario. Ellos no conocían, ni querían conocer, otra existencia que la sustentada por los ganados y las estancias de tecnología primitiva, a campo abierto, en las cuales su estupenda baquía les permitía cumplir tareas como changuadores, baqueanos, lenguaraces, rastreadores, domadores, arrieros o peones, generalmente en forma transitoria. Es un hecho, que la mayoría de las estancias preferían para cubrir el reducido personal permanente a esclavos negros (\*) cuya posesión, en caso de venta, herencia, etc., se transmitía junto con la tierra como parte del inventario. Es también un hecho, que el sistema pastoril muy extensivo posible con las relaciones de precios derivadas de siglos de monopolio, ocupaba muy poca mano de obra. El promedio general era de una persona cada mil cabezas. Esta realidad hacía que la mayoría de la población quedara desocupada largos períodos. La débil demanda ocupacional, las tendencias atávicas de la gente, y la abundancia de subsistencia, se reflejaban en las tendencias al nomadismo y materismo. Los gauchos erraban habitualmente por los ranchos, ramadas y pulperías de un área bastante extensa y difusa a la que llamaban su "pago". Cuando no tenían conchabo, se mantenían y aportaban algo a sus familias cazando y vendiendo los productos de la fauna (avestruces, nutrias, carpinchos, yaguas, pumas, yacarés, gatos salvajes, zorros, etc.) como hacen todavía en nuestros días muchos pobladores rurales marginales. En los tiempos coloniales el gaucho había tenido a su alcance como presas prin-

cipales a vacunos cimarrones y baguales sin dueño, y por lo tanto muy baratos, que erraban en gran número por los campos. Cuando las políticas de la revolución estimularon el establecimiento de estancias y escasearon las tierras mostrencas, el gaucho entró en crecientes conflictos con los hacendados, que no estaban dispuestos a tolerar la "polilla de los rodeos". Demasiado arduo era incrementar el patrimonio y producción en pugna contra el medio natural y humano. Los famosísimos bandos contra los "vagos y malentretidos" periódicamente reiterados, y frecuentes incidentes armados entre estancieros y matreros (\*\*\*) ponen de relieve lo agudo del enfrentamiento entre dos formas de vida incompatibles.

Los caudillos, a pesar de pertenecer personalmente casi siempre a la clase dirigente, que podrían haber tenido otra visión del mundo, asumieron el liderazgo de las difusas pero violentas reivindicaciones populares, verdadera reacción contra el neocapitalismo republicano propuesto por el sector ilustrado. La sublevación tumultuosa e inorgánica de las castas protoamericanas retardó medio siglo la modernización de la producción genuina de las pampas.

### EL FIN DE LA ANARQUIA

La Organización Nacional sólo fue posible cuando los mercados exteriores para los enormes excedentes argentinos del sector **Bueno, Bonito y Barato** fueron tan tentadores, que los grupos dirigentes pospusieron sus rencillas personales y doblegaron la oposición política que impedía aprovechar una coyuntura de "Food Power" que duraría hasta comienzos de nuestro siglo. La experiencia de Paz y Administración roquista y la Generación del 80 fueron la culminación de esa coincidencia, que permitió contar, además, con la alianza de una enorme ola de inmigración europea laboriosa, disciplinada, hecha a la moral contractual.

Durante toda la Organización y el período de la Argentina Opulenta, la vieja inquina entre la población autóctona y las formas de vida moderna persiste. Ella se manifiesta claramente en la opinión de los gauchos sobre los

(\*) Virreyes del Río de la Plata — Informes.

(\*\*) Uno de estos incidentes estuvo a punto de costar la vida en 1813 a D. Juan Manuel de Rosas joven, cuando intentó interceptar un grupo de pretendidos boleadores de ñandúes que depredaba sus tierras.

inmigrantes que llevan al fondo de las pampas ejemplos vivos de los valores que ellos rechazan. Nadie lo ha pintado mejor que Hernández:

“Yo no se por qué el Gobierno  
Nos manda aquí a la frontera  
Gringada que ni siquiera  
Se sabe atracar a un pingo.  
¡Si creerá al mandar un gringo  
Que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo  
Pues no saben ni ensillar  
No sirven ni pa carniar,  
Y yo he visto muchas veces,  
Que ni voltiadas las reses  
Se les querían arrimar.

Y las pasan sus mercedes  
Lengüetiando pico a pico  
Hasta que viene un milico  
A servirles el asao  
Y eso sí, en lo delicaos  
Parecen hijos de rico

Si hay calor, ya no son gente,  
Si yela, todos tiritan  
Si usted no les da, no pitan  
Pa no gastar en tabaco  
Y cuando pescan un naco  
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan  
Como perro que oye truenos  
Que diablos —sólo son güenos  
Pa vivir entre maricas  
Y nunca se andan con chicas  
Pa alzar ponchos ajenos

Pa vichar son como ciegos,  
No hay ejemplo de que entiendan,  
Ni hay uno solo que aprenda,  
Al ver un bulto que cruza,  
A saber si es avestruza  
O si es ginete, o hacienda.

Si salen a perseguir,  
Después de mucho aparato  
Tuitos se pelean al rato  
Y va quedando el tendal—  
Esto es como en un nidal  
Echarle güevos a un gato.

Los patrones y los “gringos” retribuían ese aprecio y odio con pareja

moneda. Para ellos el gaucho es haragán, despilfarrador, borracho y pendenciero. Si le conceden y utilizan su innegable maestría para las tareas pastoriles, le niegan toda aptitud y vocación para comprender la tecnología del mundo nuevo que llega con velocidad creciente.

Son los dirigentes europeizantes y sus aliados inmigrantes los que incorporan el alambrado, el ferrocarril, los barcos a vapor, las aguadas y molinos galvanizados, el frigorífico, el telégrafo y el rémington, seguros refuerzos del sistema institucional republicano que avanza. Con la ayuda de esas herramientas, la dupla gaucho-desierto va siendo irremisiblemente acorralada. Cal-fucurá entra en el ocaso en San Carlos de Bolívar. El Ejército Nacional aniquila a las montoneras finales de López Jordán, Felipe Varela y el Chacho. Los campos ya no sólo se explotan a caballo. Ahora, los inmigrantes arrancan de a pie lana, granos, tanino, frutas, leche, a las pampas feraces.

He señalado otras veces que Martín Fierro y Santos Vega son los poéticos epitafios para una “gauchocracia” que se queda sin argumentos y sin caudillos. Rosas, Urquiza, Quiroga, grandes líderes de las masas nacionales, comprenden el fenómeno y, en su medida, contribuyen a dominar el espíritu montonero de la población para permitir que el país satisfaga su genio productivo, y enriquecerse ellos mismos en el camino. No olvidar que, en América, enriquecerse es la ambición obsesiva de todos, desde los orígenes.

Durante la Organización no ha mejorado en absoluto el temperamento agrio y contumaz de los argentinos. Siguen peleando entre sí por nimiedades. Sin embargo, el modelo económico propuesto por el comercio mundial es tan eficaz que no hay objeciones válidas. Los argentinos discuten ferozmente por la secularización del registro civil, de la educación, se reprochan entre sí el aventurerismo especulativo que desemboca en burbujas financieras desastrosas, claman contra el peculado de los adversarios, pero nadie cuestiona el sistema productivo que desborda sus beneficios hasta los más recónditos rincones del país.

## LA ARGENTINA OPULENTA Y POSIBLE.

Cuando el proyecto nacional agroexportador consigue funcionar a toda máquina, los abundantes recursos de tierras argentinas están siendo aprovechados por una clase gerencial descendiente de la línea encomendera-revolucionaria-directorial-unitaria, que ha logrado finalmente predominar. En ella se ven unidos el patriciado nacional, con muchos inmigrantes que **hanno fatto l'América** por sus habilidades o su vinculación con el sistema. Algunos les recuerdan que bajo el frac aún visiten chiripá y que su aristocracia huele a bosta, pero saben administrar la bonanza. Bajo esta estructura económica, social y cultural, la Argentina sorprende al mundo. Luego de ser conocido el Río de la Plata como la colonia más pobre del inmenso imperio español en América, ha crecido a enormes saltos hasta figurar entre los países más ricos del mundo, y además, ha organizado una realidad política que se desenvuelve con los valores y prácticas de una república imperfecta, pero de notable continuidad, la que denominaron República Posible.

Siguiendo el planteo de clasificación universal propuesto por Héctor Murena, una élite ha impuesto un sistema tecnocrático, relativamente deshumanizado pero capaz de cierta coherencia y progreso. El sistema funciona por su "eficacia", aunque nunca alcance "plenitud". Para una sociedad desarraigada y egoísta, el resultado es destacable. Hasta podemos reirnos, condescendientes, de las "republiquetas latinoamericanas".

Los rendimientos unitarios de los granos mejoran en las pampas más rápidamente que en todas las demás zonas productoras del mundo (\*) y la Argentina llega a duplicar los tonelajes de cereales y carnes exportados por los Estados Unidos pero, como antaño se multiplicaban las vacas y las yeguas como permanente tentación de abandonarse a la vida primitiva, en la pampa gringa cuadrículada de alambradas, arada y sembrada, el río de granos y frutos sigue ofreciendo un asilo iluso-

(\*) *Ras N.*

rio contra todos los desvaríos. Una buena cosecha redime la administración más disoluta. Aunque se burle todo orden e industria, una lluvia oportuna restablecerá el equilibrio alterado.

No sólo reina un bienestar generalizado muy superior al de todo período precedente y que se destaca por comparación internacional coetánea, sino que también bulle una euforia cultural. En la Argentina que crece desde las pampas donde hace pocos años reinaba la soledad y la barbarie, los índices de alfabetización popular superan en poco tiempo a los de países de vieja cultura como Italia, España, Grecia, Irlanda y muchos otros. Buenos Aires se convierte en Meca del mundo hispánico, produce una legión de literatos valiosos, atrae a Bello, a Darío, a Enriquez Ureña, a Ortega, nuestro pueblo encierra una altísima proporción de lectores, dando origen a una industria editorial de gran importancia y calidad. La lírica y otras diversas expresiones musicales, el teatro y luego el cinematógrafo, dan muestras de vitalidad creciente. La Gauchocracia, la Anarquía, con sus insensatos desgarramientos, parecerían cosas superadas. El desierto es ahora el Granero del Mundo y el gaucho es un exiliado en su propia tierra, según el decir de Ernesto Sábato.

Con el país enriqueciéndose a ojos vistas, surge incontenible el triunfalismo. La América latina europeizada del Río de la Plata ingresa al Siglo XX persiguiendo muy de cerca a la experiencia sajona, puritana, de los Estados Unidos y ofreciendo una alternativa diferente para concretar la esperanza del Nuevo Mundo. La ilusión generalizada por la bonanza se desborda sobre todos los sectores sociales y se ve expresada, en 1900, por la pluma magistral del oriental José Enrique Rodó. Su Ariel alcanzaría inmensa fama entre la intelectualidad latinoamericana al pregonar que no debemos ser meros imitadores del modelo del norte. Si las energías creadoras de la cultura humanista greco-romana y cristiana originada en España y vitalizada luego por la ilustración francesa vencen al Calibán siempre presente en el hombre, podemos superar en espiritualidad y virtud al utilitarismo ramplón que se atribuye al modelo sajón.

## EL PROBLEMA ETERNO

A pesar de estas manifestaciones optimistas, la dirigencia es suficientemente sagaz para temer sus propias raíces. Persiguen incansablemente educar al soberano. Se declama a todos los vientos que somos **tierra de promisión**, como si no estuviéramos tan seguros de ello. Se intenta reforzar la debilidad de las ciudades, siempre en pugna contra el vacío. Se glorifica al amor del inmigrante por su tierra adoptiva, en la que supuestamente se ha enraizado. Se fomenta y engorda el Estado como posible árbitro y moderador de las tendencias centrífugas. Buenos Aires se convierte en megalópolis.

En los momentos de la máxima euforia triunfalista del Centenario, observadores sagaces siguen pulsando los signos de la esencia argentina. Lucas Ayarragaray, en 1904, escribe su libro **La anarquía argentina y el caudillismo**. Para él, la esencia de la población continúa mayoritariamente mestiza. Sólo se ha trasladado a un nuevo siglo. Ahora, es el comité y los caudillos mansos los que han reemplazado a las hordas de caballería gaucha y sus caudillos de tacuara. Poco importa que el mundo cambie aceleradamente y que en nuestro propio suelo el asfalto y el paisaje del barrio urbano vayan reemplazando al escenario eminentemente rural de los comienzos de la nacionalidad. Poco importa la rúbrica modernista de autopistas y rascacielos. Y sin embargo, el argentino del siglo veinte, asentado sobre las bases genéticas y culturales del pasado que hemos reseñado en su trágica grandeza, se ha nutrido en épocas recientes de nuevas fuentes. El aluvión migratorio, inferior en términos absolutos en el Río de la Plata al que se dirigió a la América del Norte, fue mucho más poderoso en términos relativos, dada la debilidad numérica, la incoherencia cultural y el débil arraigo de los valores nacionales. Nuestra población nativa fue sorprendida por el "crisol de razas" en plena operación de tirar por la borda toda su tradición cultural. Renegadas las raíces indias por inconvincentes, desprestigiados los valores ancestrales de una España en

plena decadencia y vinculado el gaucho a la Barbarie, casi no quedan bases propias para incorporar los paradigmas importados y las nuevas realidades de un mundo que entra atropelladamente en la etapa industrial, con problemas, teorías e ideologías nuevas. El río de inmigrantes que llega a los puertos diluye la pigmentación promedio de la población. Al llegar al censo de 1914, más de la mitad de los varones que transitan por las calles porteñas son polacos, gallegos, piemonteses, suizos, ucranianos, árabes, irlandeses, genoveses, navarros, sicilianos. No se ha cumplido totalmente el sueño alberdiano, porque los sajones, germanos y escandinavos, teóricamente preferidos por ingeniosos y racionales, son un porcentaje mínimo de los entrados, pero la marea siempre blanca parece ahogar los últimos restos protoamericanos del argentino. Aunque nos convezamos de que nos hemos convertido en un compendio de Europa en América, la nueva ola humana desembarca en nuestras playas, a fines del siglo XIX, igual que los Conquistadores de tres siglos antes. Traen su moral del Viejo Mundo, ahora en plena Revolución Industrial, pero llegan casi sin mujeres y con un ansia devoradora de hacerse ricos pronto y volver a sus patrias de origen. Pocos realmente lo consiguen. Las frustraciones del inmigrante que duerme en las carpas chacareras tras una jornada de sol a sol, o del que se refugia en los turbios inquilinatos de las ciudades, se suman a los viejos resentimientos indoamericanos. Con los inmigrantes llegan de Europa los utopismos y las escatologías totalitarias. Aparecen los grupos anarquistas, los marxismos... y no tardan en presentarse también los nacional-socialismos, nacional-sindicalismos y corporativismos de las escuelas fascistas. Totalitarismos de izquierda y de derecha, encarnaciones del pensamiento brillante de Rousseau, de Hegel, de Nietzsche, convertidos en modernas barbaries muy europeas.

Para complicar el problema, a poco de andar el siglo XX, la corriente migratoria blanca se interrumpe y es reemplazada por una neoindigenización. Los enclaves "civilizados" de la Argentina, con su superior bienestar, atraen a la

población de las provincias interiores y de los países vecinos: Paraguay, Bolivia, Chile, Uruguay, Brasil. La América latina nos vuelve a subir por las vanas y la cultura se vuelve a matizar con los modelos difusos y alienados de las razas vencidas. El hijo del inmigrante ya no vive en el modelo cultural europeo, ingrato aunque sus padres hayan satisfecho el sueño de verlo "dotor". Ha perdido sus raíces europeas y no ha encontrado en América más que el rechazo hosco de los naturales hacia el "cocoliche" de su padre, hacia su ropa exótica, hacia su apellido impronunciado e inescrutable. Cuando crezca querrá ser más argentino que los argentinos, o sea, a su vez, xenófobo, resentido sin arraigo.

Nuestros connacionales trasiegan los modelos ideológicos recibidos del extranjero a través del cernidor de su idiosincrasia nacional y los transforman en una masa de aspiraciones y mecanismos populísticos, mesiánicos y demagógicos. El viejo, hurano, patriotismo se encarama a todos los "ismos" y hay una "manga ancha" ética en la mayoría de las expresiones nacionales.

Con el transcurso del siglo la observación de Ayarragaray parece profética. Pronto las circunstancias hacen que pensadores como Ezequiel Martínez Estrada, Agustín Alvarez, Carlos Octavio Bunge, Alejandro Korn, Leopoldo Lugones, Leopoldo Marechal, Eduardo Mallea, Jorge Anderson-Imbert, Jorge García Venturini, Jorge Luis Borges y muchos otros, lloren la vigencia de un sistema nacional de valores que ofende su sentido ético. Las versiones locales de la "caquistocracia" y del "aluvión zoológico" reconocen antecedentes de la "zoocracia" de Baudelaire y en la "Rebelión de las Masas" de Ortega, para sintetizar la tendencia a darse líderes demagógicos y adoptar decisiones irracionales.

En 1944, un gobierno elegido por mayorías populares vuelve a dar un drástico golpe de timón a la política económica. La "sustitución de importaciones" significa una revolución en el sentido etimológico de dar una vuelta completa a las cosas. El nuevo virtual cerramiento de la economía, los rígidos controles oficiales, reproducen las circunstancias del monopolio colonial.

Con esto, los agricultores y ganaderos y todos los comerciantes e industriales del circuito eficiente son fuertemente perjudicados, en tanto que se beneficia el sector industrial que trabaja en condiciones no competitivas y su correlato la mano de obra urbana y fuertemente sindicalizada. El sector público crece desmesuradamente y proliferan las situaciones monopólicas públicas y privadas.

Las masas nacionales y populares se toman la revancha de medio siglo de alejamiento del poder. Las estructuras y los valores de la población ubicada en el sector eficiente son castigadas y denigradas. Se las tilda de "oligarquía", de "privilegiadas". Se les reprocha estar vinculadas a la cultura y el comercio exterior. El modelo de producción que aprovecha las ventajas comparativas argentinas es repudiado. Se escucha frecuentemente, como grito de combate político, que hay que terminar con el "esquema pastoril" y que es necesario liquidar el "sistema agro-exportador".

Estamos demasiado cerca de estos acontecimientos para tratarlos con la necesaria objetividad. Resulta evidente, sin embargo, que medio siglo de vigencia creciente de estas manifestaciones de la esencia nacional ha ido acelerando un proceso en cascada, de deterioro.

El "argentino a la defensiva" de Ortega y Gasset, "Le mal argentin" de Massuh, las acechanzas de la "viveza criolla" de Julio Mafud, el "desarraigo argentino" descrito por Sebrelli y tantos otros autores, son presentaciones alternativas de ese cínico, amoral, "hombre de la calle Corrientes y Esmeralda" que Scalabrini Ortiz puso como patético protagonista de "El hombre que está sólo y espera".

Hemos hablado mucho sobre la esencia y la circunstancia del argentino para terminar con una gran incógnita:

¿Qué lugar reserva el mundo a un pueblo que siente y piensa como el nuestro?

## LOS ARGENTINOS Y EL SIGLO XXI

El pesimismo nos invade a fines de siglo, así como un optimismo exagerado nos acompañaba en sus comienzos.



El fracaso parece definible esencialmente como una impotencia de la comunidad argentina para incorporarse a la Revolución Industrial, con sus exigencias de organización para la ciencia y la tecnología, con la producción que de ellas deriva. No es problema pequeño, si tenemos en cuenta que se trata del carácter diferencial más importante de los tiempos. En una era industrial acosada por problemas acuciantes, los vencedores son los que saben aprovechar los recursos de la técnica en continua evolución. En esto reside la diferencia entre militar en el Primer o en el Tercer Mundo.

El talento individual del hombre argentino no se ha extinguido. Lo evidencian los triunfos obtenidos internacionalmente por nuestros compatriotas en actividades culturales (cine, ballet, teatro, plástica, literatura), científicas (premios Nobel como Houssay, Leloir, Milstein y docenas de profesionales emigrados que ocupan altas posiciones en sus patrias adoptivas), empresarias (las multinacionales tienen cada vez mayor número de directivos originarios de la Argentina) y deportivas.

En lo local y colectivo, en cambio, hemos dejado de ser la **tierra de promisión** y ahora exportamos población en busca de un ambiente más propicio, cae el progreso año tras año, se envilece la moneda, aumenta la marginalidad y la delincuencia, la propia moralidad del argentino queda en entredicho.

Este raciocinio llevaría a pensar que la crisis radica en el modelo institucional que los argentinos nos hemos dado a nosotros mismos y que se ha convertido en un marco perverso, en un chaleco de fuerza, para nuestros impulsos.

Fal'an las motivaciones profundas para la acción política, andan mal las relaciones entre esa visión apoteótica del Estado que hemos creado, que tanto sorprendería ya a Ortega y Gasset y a los ciudadanos en la década del 20.

El hecho objetivo es que el proyecto argentino se ha ido caracterizando como la inversa del proyecto japonés, y no únicamente porque nos ubiquemos en las antípodas geográficas. Al retroceder del séptimo al septuagésimo rango entre las naciones, nos hemos ga-

nado el motete de "la decepción del siglo veinte" como comunidad, aunque en lo personal podamos mantener virtudes destacables y ganemos reconocimientos aislados. ¿Serán estos aún los últimos restos del esplendor pasado?

Si el fracaso es atribuible a una contumaz idiosincrasia facciosa, anárquica y resentida del argentino desarraigado, tal como la que campeó durante los tristes años de las guerras civiles, las soluciones no serán fáciles. Los lastres están institucionalizados y fuertemente apoyados por intereses creados, hábitos y temores, conformados ya en ideologías y mentalidades inveteradas.

Es indudable que cambiar el sistema económico vicioso en que vivimos, con sus connotaciones **antieconómicas**, **antiorganizativas** y **antitecnológicas** tendría efectos favorables a corto plazo. Desaparecerían las ataduras al trabajo creador, se dispararían influencias depresoras, mejoraría la ética ciudadana, florecería nuestra cultura, pero hemos visto que cuando ello se logró en épocas anteriores, fue con la ayuda de condiciones externas excepcionales que premiaban fuertemente a un Proyecto Nacional único, adecuado a nuestro genio productivo natural.

Hoy condiciones de esa indole no parecen cercanas.

El desafío consiste en crear un modelo propio, sin grandes apoyos exteriores. Algo construido totalmente por nuestro propio esfuerzo, luchando en un ambiente árido y buscando equilibrios fecundos entre intereses y sectores interiores muy dispares.

La Argentina se muestra como un caso de los variados que integran el mosaico del Pecado Capital de la América latina, ese choque gigantesco y aún mal resuelto entre las culturas europeas y las culturas aborígenes que ha apasionado a tantos pensadores del continente. Sea que hablemos de **Conquista de América**, según la visión eurocéntrica, o de **Encuentro de América** como proponen los reivindicadores del componente indígena dentro del híbrido resultante, el conflicto sigue. Compartimos todos el mestizaje cultural y llevamos, lo queramos o no, su sañudo conflicto adentro de nosotros mismos.

Se ha destacado mil veces que el genio latinoamericano ha hecho ya contribuciones importantes al mundo. Desde un Garcilaso, a un Benito Juárez, pasando por Sarmiento y Bello, resulta evidente. También es evidente el atraso relativo y los dolores de crecimiento que lleva implícita la idiosincrasia latinoamericana.

A modo de consuelo, conviene recordar que las supercivilizadas comunidades de la soberbia Europa son el resultado de un **encuentro de culturas** tan múltiple, azaroso y violento como puede ser el que vivimos en América latina. Fueron legiones las que impusieron la cultura clásica sobre teutones, escitas, eslavos, celtas, galos, iberos; los fenicios, los judíos y los griegos introdujeron sus aportes levantinos a menudo con comercio tramposo, pi-

ratería o siguiendo a las hordas púnicas; los lombardos, los godos, los sajones y normandos recorrieron a sangre y fuego campos, selvas y montañas; el paso de los hunos, los alavos y los magyares no dejó ni crecer el pasto donde ellos habían pisado; árabes, sarracenos y turcos sojuzgaron a los anteriores; imperios, feudos, nacionalismos y diferencias religiosas provocaron las guerras más atroces entre vecinos; hasta hoy se ciernen amenazas portentosas sobre esa que sigue siendo, sin duda, la civilización capital de nuestro mundo. Nuestra propia humanidad mixta y todavía turbia llegará también a decantarse y a recorrer caminos luminosos.

El desafío es apasionante.